



## HÁGASE TU VOLUNTAD

---

La plegaria «hágase tu voluntad» eleva hacia el Padre del cielo este deseo: que El lleve a feliz término sus designios de salvación creándose un pueblo fiel a El y obediente a los mandatos de su voluntad. O bien: que el Padre lleva a cabo sus planes de salvación en Cristo Jesús, concediéndonos cumplir en el tiempo presente las exigencias del Evangelio.

La oración con la que decimos al Padre «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» -unida a las peticiones con que imploramos que el nombre de Dios sea santificado y que venga su reino-, traducen un ardiente deseo de los hijos de Dios que ansían el gozo de ver que el Padre hace realidad su obra de salvación.

Esta tercera aspiración del Padre Nuestro contiene una *nota peculiar*: La «voluntad» de Dios que deseamos ver realizada es una voluntad que se refiere en primer lugar a los *hombres*: su realización supone para el hombre una *renovación del corazón*, una *conversión* a ese Dios que lo llama a su «reino».

Esa conversión no se puede en absoluto imponer desde fuera: el que llegue o no a hacerse realidad es algo que va unido a la adhesión personal del hombre a la llamada evangélica.

Una adhesión libre, hecha de renuncia a la propia voluntad y de obediencia a la voluntad de Dios. Y como es el mismo Dios el que lleva a feliz término su designio de salvación, y el que convierte en realidad el misterio de su voluntad, el discípulo pide que Dios la cumpla también en su corazón, obrando en él lo que a El le agrada.

Como hermanos de Jesucristo, y movidos por los mismos sentimientos que él experimentó (Cf. Fil 2, 5), exponemos ante el Padre nuestro deseo de que se haga realidad *lo que El quiere*, su plan de salvación, «los tesoros de su gracia» y lleve a cabo en la historia «el misterio de su voluntad» (Ef 1, 6.7.).

### B. QUE EL PADRE HAGA REALIDAD SUS PLANES DE SALVACIÓN

Con el lenguaje del deseo hecho oración, se dice «amén» a la dinámica de la historia de la salvación: «*Estoy seguro de que Dios, que ha comenzado en vosotros una obra tan buena, la llevará a feliz término para el día en que Cristo se manifieste*» (Fil 1, 6).

El discípulo expresa «hágase tu voluntad»: Consciente de que el Padre es quien ha puesto ese deseo en su corazón cuando lo hizo hijo suyo en Cristo Jesús. Ofrece la oración que el Padre ha hecho brotar en él.

### C. DANOS CUMPLIR TU VOLUNTAD

El discípulo desea el cumplimiento de la «voluntad salvífica» del Padre con la «venida» definitiva de su «reino»

El Padre está realizando en él, hombre inmerso en el tiempo, el «misterio de su voluntad» y los «tesoros de su gracia». El discípulo está personalmente implicado en esa realización y llamado a participar activamente en ella. La «voluntad salvífica»

del Padre, en virtud de su misma dinámica interior, alcanza su perfección *celestial* a través de su progresiva realización *evangélica en la tierra*.

El discípulo desea que el nombre de Dios sea «santificado» y que «venga su reino» adhiriéndose a la verdad del misterio *incluso en su fase terrena*. Esta es la fase en la que Dios, tras haber llamado al discípulo a su «reino» y haber hecho de él una imagen viva de su Hijo, lo invita a ser colaborador consciente y responsable en su gran obra de salvación.

El discípulo, al orar debe imitar a Cristo en su obediencia a las exigencias de la «voluntad» de Dios y desear el pleno cumplimiento de la «voluntad salvífica» del Padre

Al revelarles en su interior los secretos de su «reino» (Mc 4, 11 = Mt 13, 11 = Lc 8, 10), el Padre exige del discípulo un abandono total, en la fe, a la Buena Noticia: «El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15); (Mt 4,17). Sumisión a la soberanía de Dios que en Cristo Jesús se nos ofrece como buena noticia de salvación.

La «voluntad de Dios» aparece como *imperativo* de conducta: «No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7, 21); «El que hace la voluntad de Dios, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3, 35 = Mt 12, 50; Lc 8, 21); (Hbr 10, 36; ); «El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Jn 2, 17); «Como siervos de Cristo, que cumplen de corazón la voluntad de Dios (Ef 6, 6); «Esta es la voluntad de Dios: que viváis como consagrados a El» (1 Tes 4, 3).

«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Deseo que se llegue a formar en la tierra una familia de Dios, compuesta de

miembros reconciliados con él y en los que el Padre pueda reinar en verdad como soberano (cf. Mt 7, 33). Dios *reina* sobre su pueblo en la medida en que éste se muestre *dócil y obediente* a su «voluntad», que es voluntad de reinar. Ese reino no es de este mundo (cf. Jn 18,36): al ser de origen celestial, sólo será perfecto en el cielo.

La dinámica según la cual va creciendo y madurando su reino coincide con el designio salvífico de crear en el tiempo presente una humanidad en la que la *justicia* del reino sea una realidad. Pablo exhorta a los cristianos «a vivir una vida digna del Dios que los ha llamado a su reino y a su gloria» (1 Tes 2, 12; cf. Ef 4, 1).

«Hacer la voluntad de Dios», está incluido en la oración del discípulo que ansía la «venida del reino» de su Padre celestial. El orante sabe que su obediencia a Dios y su sumisión a los deseos del Altísimo son algo inseparable del misterio global de la «voluntad salvífica» del Padre; son una exigencia específica del *reino* en vías de realización.

En la concreción existencial de las realidades evangélicas, la «voluntad de Dios» es *una sola*, aun cuando conceptualmente podamos distinguir entre *voluntad salvífica* y *voluntad imperativa*. Tanto en un caso como en el otro, *es Dios quien la hace realidad*.

Cuando el discípulo renuncia a su propia voluntad («No se haga lo que yo quiero») y, en docilidad y obediencia, cumple la voluntad de Dios («sino lo que quieres Tú»), es el mismo Dios quien está cumpliendo en él su voluntad.

El autor de la carta a los Hebreos oraba así: «Que Dios... os haga aptos para el cumplimiento de su voluntad con toda clase de obras buenas. Que él mismo realice en vosotros lo que le agrada» (13, 21).